

Publicado en Aa. Vv.,
Homenaje a Juan Cervera.
Madrid: Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil,
1998.

Josefina Álvarez de Cánovas y los arquetipos infantiles en la Literatura de nuestra postguerra

Jaime García Padrino*

A lo largo de la evolución histórica de nuestra literatura infantil, diversos autores han asumido con bien variadas actitudes la intención de escribir para los niños y las niñas. Tal asunción de propósitos creadores ha estado determinada y condicionada, en mayor o menor grado, por la imagen de la infancia vigente en una determinada época. Entre esos períodos cronológicos, los años de la postguerra (1939–1952) fueron marco del neto predominio de una actitud instructiva y formativa volcada a una peculiar animación literaria de arquetipos infantiles.

De ahí que fueran entonces notables los intentos por proyectar en idealizados protagonistas esos intereses creadores para contribuir así a la formación de unos “nuevos” niños y niñas españoles, que respondiesen a la “nueva” realidad social de los años cuarenta. Entre los escritores y escritoras que cultivaron tan particular adaptación del clásico *instruir deleitando* destacó, por su continuidad en dichos empeños, Josefina Álvarez de Cánovas, autora además de una larga serie de obras con neto carácter docente y reveladoras de un claro pensamiento conservador y cristiano.

El afán por ofrecer una modélica figura infantil con la que pudieran identificarse las pequeñas lectoras animó a Josefina Álvarez de Cánovas¹ para

¹Josefa Álvarez Díaz (Puertas de Cabrales, Asturias, 4 de mayo 1898 – ¿?) cursó estudios en la Escuela Superior del Magisterio a finales de los años veinte. Tras ejercer ocho años como maestra en Villanueva de Jamuz (León) y Santiago de Arenas en Siero (Oviedo), ganó por oposición el cargo de Inspectora de Primera Enseñanza en Toledo (1929), para desempeñar esa labor más

iniciar la serie protagonizada por Mari-Sol, con cuatro títulos: *Mari-Sol (Pequeñita)*, *Mari-Sol (Colegiala)*, *Mari-Sol, maestra rural* y *Mari-Sol, inspectora*. En esos volúmenes estaba presente, una vez más, el particular proceso creador de identificación entre autor y personaje, con ciertas notas de un apreciable desahogo personal. De tal forma, las peripecias protagonizadas por Mari-Sol tenían un marcado tono autobiográfico, con una mezcla pudorosa a veces, en otras menos solapada, entre la figura de la narradora y su protagonista.

Josefina Álvarez de Cánovas explicaba la aparición de *Mari-Sol (Pequeñita)* (1942) como fruto del deseo de ofrecer “a todas las niñas de España y de la América Española” un ameno libro de lectura. Buscaba, además, que sus “lectorcitas” sintiesen y viviesen “con más intensidad su vida de niñas”, intención bien evidente que determinaba tanto el tono como los temas presentados en el desarrollo de cada una de las sucesivas peripecias, sin descuidar en ellas una serie de recomendaciones a las mamás y a las maestras de sus niñas lectoras. La autora iniciaba el desarrollo de Mari-Sol, como personaje literario, desde su mismo nacimiento, para llegar, a través de habituales sucesos cotidianos de una tópica niña de la época, hasta un momento cumbre en la vocación docente que animaba a su protagonista ya adulta: Mari-Sol llega a ser inspectora de enseñanza primaria.

Dentro de tal desarrollo, el primer capítulo de *Marisol (Pequeñita)* –titulado “Del Cielo cayó una rosa”– servía de revelador pórtico acerca del espíritu que iban a animar las sucesivas peripecias. La ternura ñoña y el falseamiento de la realidad cercana al niño presidían aquella presentación:

tarde en Almería, Oviedo y Madrid. Su interés por los métodos de la Escuela Nueva en Francia, Bélgica y Suiza mereció una beca en 1935 para visitar esos países, concedida por la Junta de Ampliación de Estudios, además de reflejarse también en sus publicaciones de carácter profesional: *Psicología pedagógica*. Estudio del niño español (1941) y *Pedagogía del párvulo* (1943). Ya en los años anteriores a la guerra civil había destacado como conferenciante en esos temas y como organizadora de “Semanas Pedagógicas”, de una clara orientación conservadora. En sus publicaciones adoptó el nombre de Josefina Álvarez de Cánovas, con el probable cambio de su segundo apellido por el de su esposo. (Vid. Marín Eced, Teresa, *Innovadores de la educación en España*. Cuenca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1991, p. 31-33).



Il. de Pedro Sarragúa para *Marisol (Pequeñita)*. *Libro de Lecturas para niñas*, de Josefina Álvarez de Cánovas (Madrid: Magisterio Español, 8ª ed., 1947, p. 14).

Todo es en la casa silencio y emoción... De pronto se oye el llanto de un recién nacido que expresa su desconsuelo de haber dejado el Cielo para venir a la Tierra...

Ha nacido una niña preciosa. La abuelita se aproxima emocionada y, al derramar el agua de socorro sobre la chiquilla, dice así:

— Mari-Sol: yo te bautizo en el nombre del Padre +, y del Hijo +, y del Espíritu Santo +. (sic)

La nenita llora, llora.

El papá y la mamá la miran casi sin atreverse a respirar. ¡Están tan emocionados! ¡Se sienten tan felices, que casi lloran ellos también! (...)

Entretanto, Mari-Sol se va consolando de estar en el mundo y se queda dulcemente dormida en su cunita de tul... ¡Miradla despacito!... Parece un rebujoncillo de espuma, un botoncito de leche y rosa, un rollo de manteca... ¡Con qué embeleso la mira su mamá ahora que se han quedado solitas!...

Semejante recreación de la realidad "a lo ñoño" justificaba la propia caracterización de los cotidianos acontecimientos vividos por Mari-Sol en medio de la más completa felicidad para la protagonista, como si estuviera envuelta en una nube rosa, en lo familiar y en lo social, a pesar de corresponder su ambiente a la España de postguerra. Dentro de atmósfera tan idealizada, los padres de Mari-Sol han realizado estudios universitarios y son presentados por la autora como modelo de la clase media española, que vive de su trabajo y que "sabe que es preciso trabajar mucho para vivir". Otro miembro más en ese ambiente familiar, la "chacha" Gloria —"una fornida asturiana"—, cumple su oportuno papel en tan peculiares peripecias de acuerdo con los habituales tópicos al uso.

Las relaciones familiares y la educación recibida por la niña centraban los primeros episodios de *Mari-Sol pequeña*, determinando así la evolución posterior del personaje. Esa primera instrucción de Mari-Sol se desarrolla en el ambiente familiar, donde adquiere especial relieve la figura de la madre. Así, entre juego y juego con la niña, ese personaje es aprovechado por la autora para intercalar diversas enseñanzas o alegatos, donde exponía su particular preocupación docente por una particular enseñanza activa con los párvulos:

—Como podéis comprender, yo he pensado muchas veces en la educación de mi hijita, y voy a deciros algo por si merece vuestra aprobación. Si es verdad que yo, desde que ha nacido la chiquilla, he colgado los libros, ahora que ya es mayorcita y se vale sola quiero volver a cogelos, y aspiro a ser no sólo la mamá, sino la primera maestra de mi hijita. Justamente llevo algún tiempo documentándome sobre lo más nuevo que se está haciendo en la educación de párvulos. Por cierto que es delicioso —¿sabes, mamá?—; ahora se enseña a los parvulitos como jugando. ¿Qué quieres enseñarles a contar?... ¡Un juegucito! ¿Qué quieres enseñarles a leer?... Otro juego educativo. Y no creas que este enseñar jugando es para evitar que los niños hagan esfuerzos, sino justamente para que los hagan como ellos pueden hacerlos. El niño es capaz de esfuerzos gigantes, siempre a condición que esos esfuerzos le interesen; ya verás la nuestra.

Esa misma proyección de las preocupaciones docentes de la autora animaban incluso las escenas presentadas en los juegos de Mari-Sol con sus primeras amiguitas, ocasión aprovechada por Álvarez de Cánovas para intercalar breves muestras del folclore infantil:

El corro de Mari-Sol y sus amiguitas se deshace para formarse de nuevo. Ahora van a cantar otra cosa. Merceditas Lamarque se pone en medio del corro, y sus amiguitas la jalean al compás de las palmas, cantando:

Mercedes Lamarque ha entrado en el baile;

¡que lo baile, que lo baile, que lo baile!

Y si no lo baila, medio cuartillo más.

¡Que lo pague, que lo pague, que lo pague!

¡Que salga usted!, que la quiero ver bailar,

saltar y brincar, dar vueltas al aire...

La educación recibida por Mari-Sol transcurre así sin graves complicaciones, salvo el nacimiento de un hermanito que provoca en la niña una tópi-

ca "pelusilla", superada bien pronto al adoptar ella misma el papel de "madrecita" de ese hermano. Cuando la chiquilla cumple seis años, sus cotidianas peripecias se enmarcan en una también tópica vida escolar, narradas en *Mari-Sol colegiala* (1942), y presentadas así por la propia autora:

Lectorcita: hace unos meses hemos dejado a Mari-Sol celebrando su sexto cumpleaños. Hoy, obedeciendo a tus ruegos y a mis encendidos deseos, volvemos a entrar en contacto con la vida candorosa de nuestra nena querida. Mari-Sol es tan dulcecita y tan buena que da gusto vivir a su lado, y por eso hoy volvemos a acompañarla en sus pasos por esta segunda etapa de su vida, en la que la chiquilla va a entrar en el uso de la razón.

De tal forma, *Mari-Sol, colegiala* (1942) mantenía el tono edificante y moralizador buscado por Álvarez de Cánovas para estos "libros de lectura para niñas", por lo que la "edificación moral" e incluso un cierto adoctrinamiento político, muy de la época, estaban bien presentes en capítulos como el titulado "Todo por la Patria":

La vida en el colegio de Mari-Sol está saturada de estas dos ansias benditas: amar y servir a Dios y amar y servir a España. (...)

Y así es cierto que no es español el que no vibra entero cuando oye gritar ¡Viva España!, y únicamente se le puede perdonar que no conteste si es que le ahoga la emoción y el grito, en lugar de ser lanzado hacia afuera, lo empujó la emoción hacia adentro, a taladrar el corazón.

Las madres dicen siempre a las colegiales: "Día sin amar a Dios y sin ofrecerle algo es día perdido, y día perdido para la causa de Dios lo es también para el Imperio de España, que al luchar durante ocho siglos contra lo no católico, se identificó para siempre con el que murió en la Cruz para amarnos y para redimirnos".

En la segunda parte de ese mismo volumen, *Mari-Sol estudiante*, la protagonista, con sólo diez años, es ahora el modelo de una niña consciente, seria y responsable. A los doce, "adolescente encantadora", llega el "primer desgarrón" a su corazoncito con la muerte de su abuela, doña Soledad, cuya pérdida es motivo de un profundo cambio en la personalidad de la chiquilla:

Durante los nueve días que siguieron a la muerte de doña Soledad, los familiares y amigos más íntimos acudieron a la casa para rezar el Santo Rosario por el alma de la que se fue. Todos quedaron maravillados de ver a Mari-Sol guiar el rezo como una personita mayor, sabiéndose los misterios, la letanía, todo. (...)

Mari-Sol tardó en reaccionar después de la muerte de su abuelita. El primer zarpazo del dolor fue muy fuerte para un corazón tan sensible como el de nuestra chiquilla. El mundo era para ella otro mundo; la vida, otra vida a la que faltaba su principal encanto: el dulce regazo de la abuelita.

Cuando *Mari-Sol* cuenta ya con catorce años, aparece un nuevo personaje, doña Lolita, una inspectora de enseñanza primaria, que ejerce en la muchacha una honda impresión por su labor pedagógica en una humilde barriada madrileña. *Mari-Sol* conoce allí el ambiente de las clases sociales menos favorecidas y ese descubrimiento de una realidad hasta entonces ignorada por la jovencita, justifica la elección de su futuro:

Al regresar a casa, Mari-Sol se abraza a su mamá, y con una emoción especial, le dijo:

— Mamá, yo quiero ser inspectora. Te lo pido con todo mi corazón. Hoy lo he visto claro. Yo quiero ser como doña Lolita. Puesto que el Padre dice que yo hago falta en el mundo, déjame ser inspectora.

— No me disgusta, hija mía, muy al contrario, pienso que la misión de una inspectora es de las más trascendentales para la salvación de España en esta hora de reconstrucción nacional...

La tercera parte de esas aventuras, *Mari-Sol maestra rural* (1944), es el desarrollo de su definitiva dedicación a las tareas educativas y abundan en sus episodios notas curiosas acerca de cómo concebía la autora esa vocación docente:

Un día el papá y la mamá debatieron largo rato.

—La nena se nos va. Ha sacado su plaza. Cualquiera día de éstos harán la adjudicación y se nos va. A mí me falta valor para dejarla irse sola a una aldea perdida— dice la mamá.

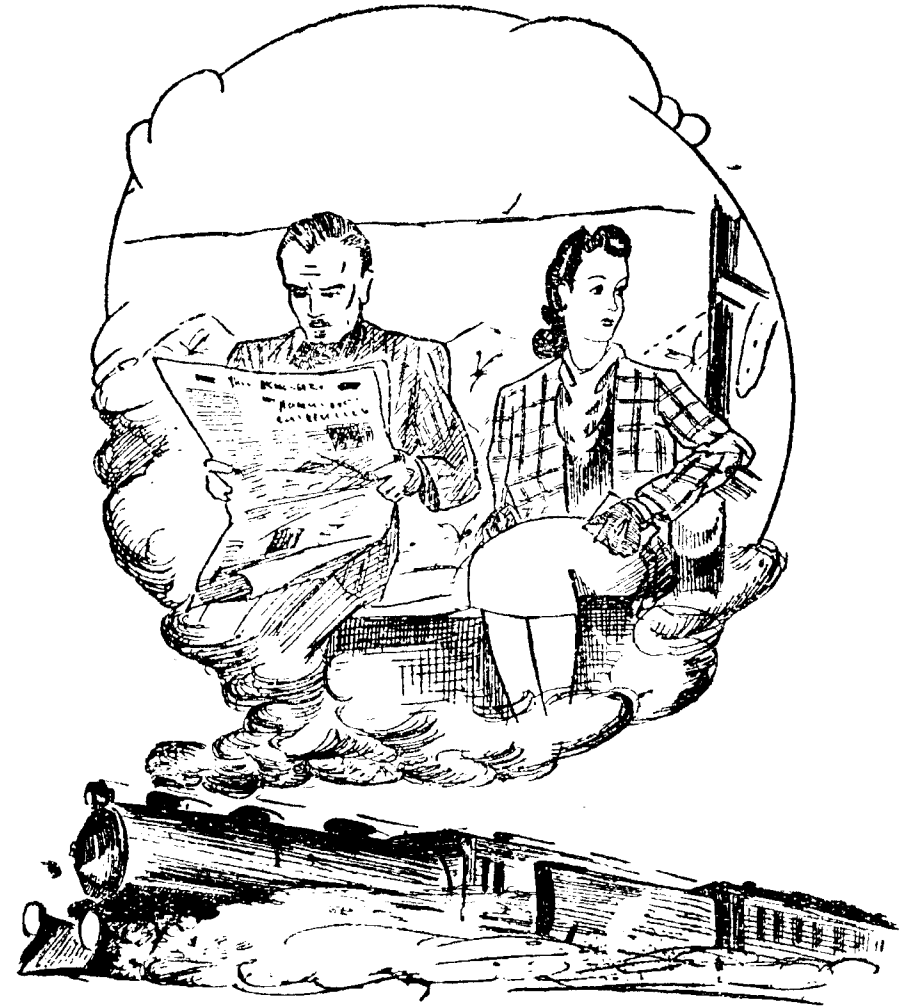
—Mejor a un convento— añade el papá.

—¡Sí, Pepe Luis!... Ya lo creo que mejor a un convento; pero acuérdate que estos hijos de bendición que el Señor nos ha prestado no son nuestros, primero porque no lo son de veras, porque es el Señor el único que puede disponer de ellos, y después porque los dos unidos se los hemos ofrecido muchas veces. Ahora ha llegado la hora de ceder y renunciar de verdad. Una cosa es que nos falten las fuerzas y otra que nos neguemos a ver la voluntad de Dios, que está bien clara en la vocación de esta hija. No la he visto dudar ni un instante. Un día volverá a nuestro lado, ella quiere ser Inspectora e Inspectoras hay muchas en Madrid... Nosotros seremos ya viejos entonces y la necesitaremos más.

—Mujer, lo que tú hagas y decidas estará bien hecho. Nunca me ha pesado entregarte la dirección espiritual de todos nosotros. Lo que tú digas se hará. Piénsalo y decide; ya me dirás después.

No menos reveladora de una inequívoca actitud profesional, acorde con aquella época, es la selección realizada por Mari-Sol para llevar con ella una biblioteca selecta de aquellos libros imprescindibles para su alimento espiritual:

Mira, mamá. Me llevó el Misal que me regaló abuelita (q.e.p.d.) un día de nuestro santo: éste es Mi libro de horas. Me llevo los Evangelios: éste es Mi libro eterno. Me llevo el Kempis, ¿ves?, el chiquitito que tú me regalaste: éste es Mi libro refugio. Me llevo



Il. de Pedro Sarragúa para *Marisol (Maestra rural)*. Libro de Lecturas para niñas, de Josefina Álvarez de Cánovas (Madrid: Magisterio Español, 5ª ed., 1948, p. 23).

también el Quijote, porque no creo que haya español que se vaya a ningún sitio sin él. Y luego éstos otros, ¿ves?, El criterio, de Balmes; El Maestro mirando hacia dentro, del Padre Manjón; La Escuela rural, de Serrano de Haro; Simiente de apostolado, de la señorita Segovia; Cada maestrillo, de Siurot, y Vocación pedagógica de San Juan Bosco, del Padre Maccono. Pocos, pero básicos, ¿qué te parece mi pequeña biblioteca?

La madre de Mari-Sol no pudo contestar... Dos gruesos lagrimones se le deslizaron por las mejillas.

El tono ejemplificante de los anteriores fragmentos no decaía ni un sólo momento a lo largo de las andanzas docentes de tan singular personaje. Antes bien, era aún reafirmado con notable insistencia cuando Álvarez de Cánovas trataba de aprovechar las posibilidades moralizadoras de cualquier situación. El tono de cada episodio rondaba, por tanto, los terrenos de lo melodramático, lo rosáceo y lo sensiblero, con una notoria falta de auténtico aliento literario a la hora de recrear tan prototípica protagonista y, sobre todo, al plasmar unas idealizadas relaciones entre el mundo infantil y el mundo de los adultos.

Tan notoria proyección autobiográfica de Álvarez de Cánovas continuaba con la descripción de las primeras experiencias docentes de Mari-Sol en Villanueva de Jamuz, localidad donde la propia autora estuvo a cargo de una plaza de maestra. Allí, la ilusionada maestra desarrolla una particular pedagogía, apoyada en un fuerte sentimiento religioso y con el parabolismo como método didáctico. Con tales recursos docentes, Mari-Sol consigue una escuela "alegre", "poética", "cantarina" y entregada a la devoción de la Virgen, muestra clara de una determinada mentalidad educativa proyectada durante aquellos años en la literatura ofrecida a los niños españoles. Tiene especial interés, en tal sentido, el comentario incluido en el *Catálogo de la Feria Nacional del Libro 1949*², donde un anónimo redactor enjuiciaba así el volumen de *Mari-Sol inspectora*, que cerraba las aventuras de aquella protagonista:

² Catálogo de la Feria Nacional del Libro 1949. Madrid: I.N.L.E., 1949, p. 119.

Un libro de interés escolar y profesional en que se cumplió la vida admirable de una niña, que por su aplicación llegó a hacerse Inspectora de Enseñanza Primaria. Una lectura de gran interés y emoción.

El aparente éxito entre las "lectorcitas" infantiles impulsó a Álvarez de Cánovas a continuar esa línea de prototípica recreación de figuras infantiles. Así aparecieron *Pepe-Luis, el hermano de Mari-Sol* (1945), *Mari-Luz, la nina aldeana* (1945), *Maribel (La niña de los suburbios)* (1945) y *Carmelín, la nina diablillo* (1946). Al mismo tiempo completaba la colección de "Niños de España", con *Historia de Víctor Capitán (El niño de suburbios)* (1945), *Historia de Alfredo (El niño ciego)* (1948) y *El niño emigrante (Historia de Pepin Villarmarzo)* (1951), ofreciendo así no menos inefables modelos para los jóvenes lectores masculinos. En cada una de aquellas obras dedicadas a la lectura de los escolares desde una clara intención literaria, Álvarez de Cánovas mantenía esa constante de reflejar sus experiencias personales como maestra e inspectora. De tal modo, la lectura de *Mari-Luz, la nina aldeana* ofrece la impresión de un deseo de la autora por idealizar un tipo infantil conocido, quizá, en una de sus escuelas asturianas³. Ya desde la introducción, Álvarez de Cánovas pedía a sus niñas lectoras cariño y compasión para esa protagonista y les ofrecía a cambio dos "leccióncitas":

La primera es que, cuando tenía pena, se colocaba, siempre, bajo el manto de la Virgen, y se encontraba en seguida consolada en tan dulce refugio. La segunda lección es la de cumplir su deber con amor. Acorde con tal intención de animar semejante protagonismo, la autora acumulaba notas de humildad, sacrificio y laboriosidad en Mari Luz, con sus diez años, su pelo castaño y dulcísimos ojos azules casi violeta. Para completar esa idealización descriptiva, la autora presentaba a la chiquilla como gran amiga de

³ Llevada así por ese afán de recrear prototipos infantiles con inequívocos propósitos instructivos y moralizantes, dedicaba este libro a todas las niñas huérfanas para que "vivan al amor de la Virgen", "dulcísima Madre de las huerfanitas".

la Naturaleza y cargada de amor a la escuela y, en especial, a Jesús y a la Virgen María. Una vez pintada así una atmósfera casi idílica en ese "hogar aldeano", la autora se adentraba por las desgracias que había de vivir la niña, cuando al nacer su hermano, Nandín, enferma de gravedad su madre, María Jesús, y muere poco después. Por ello, Mari-Luz debe encargarse de los cuidados de su padre y hermanos, ocupando el lugar de la madre perdida.

En esa peculiar caracterización de las circunstancias a las que hace frente con toda su voluntad la pobre huerfanita, Álvarez de Cánovas aprovechaba también para intercalar canciones populares en honor de la Virgen, canciones populares asturianas, villancicos y canciones de corro. Otras de esas composiciones, de claro aire tradicional, estaban dedicadas a la protagonista y servían, además, para resaltar el carácter de la chiquilla y las peripecias vividas, una vez que la necesidad de atender a sus hermanos le priva de acudir a la escuela:

*Mari-Luz se acercaba,
rondando amores,
a la escuela querida
de sus fervores.
Mari-Luz se acercaba,
ronda que ronda,
y rezaba a la Virgen
de Covadonga,
y le decía:
—Haz que vuelva a la escuela,
¡mi Madre mía!
Y la Virgen le dijo:
—Ronda y no lo llores;
volverás a la escuela
de tus amores.*

Y de nuevo, un elemento muy grato para la autora, por lo repetido y el idealismo que animaba su empleo en el desarrollo de tales historias: la intervención de una maestra y el papel que desempeñan en la educación de esa niña. Ahora la maestra es doña Pura y Álvarez de Cánovas la califica como hada buena para la vida de Mari-Luz:

La señorita Pura, la mano ejecutora de la protección de la Virgen sobre nuestra huerfanita querida, era para Mari-Luz como un sueño real y como una realidad de ensueño: un hada, un hada buena, que convertía en ilusiones las penas.

¡Cuántas, cuántas señoritas Puras hay por estas aldeas españolas; cuántas maestras rurales apóstoles, cuántas deliciosas monjitas con tocas como alas son hadas en la vida de las niñas que sufren y lloran!. La "salvación" de Mari-Luz, gracias a sus buenas cualidades y a sus sacrificios, se completa con la intervención del señor de las tierras donde vive la niña y en las que trabaja su padre, en forma de una beca para que pueda estudiar en el colegio de sus propias hijas. Adentrada ya la edificante historia por tan idílicos caminos de recompensa y triunfo de las buenas condiciones humanas, el libro se cierra con el siguiente epílogo:

Mari-Luz es hoy una maestrilla rural que tiene puesta toda su ilusión en hacer de su escuela un "palomarcico de Dios", como había hecho de la suya la señorita Pura, aquella dulce maestra de Mari-Luz que se parecía tanto a la Virgen de Covadonga.

(Madrid, día de San Juan de la Cruz, ruiseñor de la mística cristiana, 24 de noviembre de 1943).

Con planteamientos muy semejantes en cuanto a las intenciones creadoras y al reflejo de sus propias experiencias como docente, Josefina Álvarez de Cánovas trataba de ofrecer en Maribel, la niña de los suburbios, un no menos interesante retrato de la vida de los niños madrileños más desfavorecidos en aquellos momentos difíciles de la postguerra. No obstante las

posibilidades entrañadas en ese tema, las intenciones literarias de su autora contaban con el evidente lastre de su carga instructiva y de su actitud paternalista ante las propias situaciones presentadas. Como declaraba en la introducción del libro, Álvarez de Cánovas abordaba ahora la creación de un nuevo tipo de niña española, Maribel, bien alejado del ambiente y de los rasgos de su anterior personaje:

Si Mari-Sol es la deliciosa niña feliz, abracadita de amores, y Mari Luz, la cándida palomita aldeana que, huerfanita, con cinco hermanos, supo triunfar en la vida arrimándose mucho a la Virgen para que le diera la mano, MARIBEL, mi heroína de hoy, ES HUÉRFANA ABSOLUTA en el momento que os la presento, la pobrecita mía.

Para conseguir ese efecto pretendido, Álvarez de Cánovas no dudaba en acumular notas negativas en la descripción del ambiente que rodea a su protagonista. Así, el padre –“un desgraciado que no tiene luz ni calor de fe en su alma,...”–, en sus arrebatos de mal humor, pega “a la criaturita de Dios” y da pie a la autora para completar esa caracterización insistiendo en que “Maribel es la niña sin besos, la niña de nadie, la huérfana absoluta.” De nuevo, la “salvación” de esa niña, que se gana la vida hurgando en los basureros, es posible gracias a la labor de Blanca Castilla –nombre bien revelador en su simbolismo–, una “maestríta primorosa” que despierta el “almita pura, enamorada de todo lo bello y ansiosa de todo lo bueno” de Maribel, y convertida en el “hada madrina” de la propia niña. La autora acumula así situaciones y personajes prototípicos, dentro de tan inequívocas intenciones instructivas, para dirigir claras admoniciones morales a sus “lectorcitas”:

Si eres niña bien acomodada, acostúmbrate a ver en cada pobrecita a Maribel. Si eres pobre y sufres y lloras como ella, hunde tu mirada en el cielo azul, y en cuanto veas abierta para ti la puerta de una escuela, entra en ella, que es hogar, y entrega tu corazón a la señorita Blanca o a la dulce monjita para que ellas lo lleven cielo arriba, cielo arriba hasta esconderlo en el de Aquel que llamó a los

niños pupilas de sus ojos y vino a redimir a los que sufren y lloran y tienen hambre y sed de Justicia y de Amor.

A pesar de tan claros lastres instructivos, algunas de las situaciones y ambientes reflejados en la obra permitían a Álvarez de Cánovas interesantes apuntes de la realidad social de aquellos años, aunque bien lejos de cualquier actitud de denuncia comprometida ante las circunstancias que rodeaban la vida de aquella infancia y sobre cuyas injusticias trataban de concienciar a sus lectoras. Un ejemplo de esas posibilidades, con escaso desarrollo por sus propias intenciones creadoras, es la descripción del barrio madrileño donde vivía esa infantil protagonista:

Tetuán de las Victorias, suburbios de Madrid, “corona de espigas” que rodea a la capital de España. Paisaje pelado, pobreza, tumulto, moscas, chiquillería, más moscas, más chiquillos, basureros, más moscas aún, traperos haciendo “la busca”, chiquillos harapientos haciendo la “rebusca”, algún cerdo sardinero, alguna cabra escuálida, gallinas sucias, pollos enclenques...

A renglón seguido, Álvarez de Cánovas hablaba a esta “lectorcita” para pedirle que le acompañese de la mano en un recorrido por ese barrio. Ello da ocasión para un animado cuadro de costumbres, utilizado aquí con una clara intención concienciadora ante la realidad presentada⁴:

Niñas que vivís una vida almohadillada y confortable. Seguid leyendo y, desde hoy, miraréis con más respeto y compasión a las traperitas malolientes que veis alguna vez a las puertas de vuestras casas madrileñas, cuando salís a la misa mañanera, muchas de vosotras, después del baño confortable.

⁴Tras la descripción así ofrecida, la autora planteaba el siguiente ejercicio a sus lectoras: “Nena, dime por escrito qué piensas hacer tú por tus compañeritas de los suburbios madrileños, que son hijas de Dios, como tú y llevan una vida tan penosa”.

Otro de los capítulos de la obra presentaba a un personaje infantil, Fernandillo, “el colillero” –vecino y amigo de Maribel, a quien Blanca Castilla conoce en el metro–, con el que la autora trataba de reflejar también las penosas condiciones de la vida de entonces en aquellos suburbios madrileños. Al mismo tiempo, planteaba la preocupación de las autoridades de la época –“tanto eclesiásticas como civiles”– por el problema de la multiplicación de las escuelas de suburbios, solucionado con la selección de “Maestros apóstoles” –uno de ellos es Blanca Castilla–, dedicados a colaborar con “las escolitas de suburbios sin más ilusión que la del cumplimiento del deber y la de tratar con los niños más afectuosos y simpáticos que hay en la tierra”.

Una vez más, la autora forzaba las situaciones para presentar la necesaria recompensa a las cualidades de la pequeña, de su buen corazón hacia su padre. De tal modo, en unos estudios cinematográficos Maribel recibe unas monedas como premio a su saber cantar, pero la niña aprovecha esa ocasión para pedir un trabajo para su padre, logrando así que este se “redima” de sus malos hábitos y costumbres anteriores. Una vez que la chiquilla ha solucionado con tanta felicidad su vida y la de su padre, la autora cierra el relato presentando a Maribel convertida en “dulce y gentil misionerita”, que “conquista almas para el cielo, enseñándolas a rezar en la lengua de Cervantes”.

Otro de esos inefables modelos que Álvarez de Cánovas ofrecía a sus “lectorcitas” era el personaje central de *Carmelín* (*La niña diablillo*). En su declarado propósito por recorrer tópicos variantes en el comportamiento infantil, la autora abordaba en esta ocasión la recreación de otra figura –posiblemente también conocida como un ser de “carne y hueso” por Josefina Álvarez de Cánovas–, con la que dar cumplida cuenta de sus ideas sobre cómo debía ser encarada la educación de niñas y niños en la familia y en la escuela. Y tal propósito, al modo habitual en la autora –un diálogo fingido con las “niñas españolas y de Hispanoamérica”–, era expuesto en la misma presentación de este nuevo “libro de lecturas para niñas”:

—Pues esa misma es, niñas queridas, CARMELÍN, Carmela, María del Carmen Santa María del Egido, una muñequita de inquietos y rebeldes bucles de oro, boquita de coral, dientecillos “como chinitas de río, chiquitas y relucientes”,

... ojuelos picarescos, unos ojos extraños de un ceniza trando a verde mar y con chispitillas color de miel, que cuando mueren se encienden como luceritos del cielo y le iluminan la cara casi siempre alegre como un cascabel, de vez en cuando trágica, dramática cuando Carmelín ha sido mala, que lo es muchas veces, ¡ay!, menos mal que luego se arrepiente.

Carmelín es una niña eléctrica. Cuando anda, se diría que vuela y no pisa y toda ella es movimiento y donaire. Su tipillo es espigado y airoso. Es verdaderamente encantadora. Pero como hay que decirlo todo, vale más empezar ya advirtiéndolo. Carmelín es un diablillo inquieto. Viene, va, revuelve, levanta torbellinos a su paso. A esta compañera un pellizquito cariñoso, a la otra un tironcito de trenza, a la de más allá una mueva graciosa. En suma, Carmelín es lo que llamáis vosotras una niña muy “trasto”, una niña diablillo de esas que se hacen perdonar todas las diabluras por el corazonazo que tienen. El de Carmelín es tan grande que no le cabe en el pecho, y seguras podéis estar, niñas queridas, que Carmela hace muchas travesuras, pero son siempre nuevas. En cuanto ha hecho una de las suyas, se le apagan los luceritos de sus ojos, se pone triste, triste, y se desgarran llorando de arrepentimiento. Por lo menos, aquella ya no vuelve a hacerla, que ya es algo. Lo malo es que esta chiquilla es muy inteligente y se le vienen las travesuras a las mientes con una variación estrepitosa.

Aunque ambientadas las aventuras de esa protagonista en una familia bien acomodada, los problemas del carácter de Carmelín son achacados a su “hogar tronchado” por la muerte del padre a poco de nacer la niña. En ese peculiar marco de una burguesía madrileña sin problemas graves en su existencia, donde Carmelín y Mari-Sol son compañeras en el mismo colegio, las peripecias de esta nueva protagonista la conducirán a una solución que servía para completar tan inefable galería de personajes infantiles: la jovencita decide tomar los hábitos como religiosa de clausura, con la Madre Amor, maestra en el colegio de ambas niñas, convertida ahora en “Maestra de Novicias”. En el plano formal, el esquema del relato cumple las funciones ya habituales en la

autora de presentar situaciones ejemplificantes para sus lectoras y, como nota más acentuada que en otros de sus libros, incluye poemas de autores tan dispares como Rafael Alberti y José María Pemán⁵, además de coplas populares del mismo modo que en otras de sus obras.

Tan decidida vocación educadora de Josefina Álvarez de Cánovas se volcó también en ofrecer a los lectores infantiles modelos masculinos con narraciones de esquemas similares a las dedicadas a las niñas y jovencitas. Publicadas en la misma colección "Niños de España", la autora creaba una galería de muchachos ejemplares en torno a la figura de Pepe-Luis, el hermano de Mari-Sol, parentesco que ahorra cualquier otra aclaración sobre las semejanzas entre tales personajes, sus ambientes o el tono de sus historias. De tal forma, la publicación de *Pepe-Luis* (1945) estaba bien justificada por el éxito de sus creaciones anteriores y dedicada asimismo "A todos los niños de España y de Hispanoamérica", si bien añadía como móvil creativo su conocimiento de los niños de Langreo y de Tetuán de las Victorias. Tales propósitos quedaban expuestos, como era habitual en la autora, en la propia presentación del protagonista:

Aquí está, pues, Pepe-Luis, amigos míos; aquí esta Pepe-Luis, el bien plantado, el niño juguetón, el travieso a ratos, el siempre generoso y siempre noble, el que a la hora de la verdad y de la emoción quiere ser Soldado de Cristo, defensor de su Fe hasta morir por ella, Caballero Cristiano que es ser Caballero del más alto ideal.

Tal declaración de intenciones creadoras se completaba con el anuncio de la publicación de *Historia de Víctor Capitán*, como contrapunto a las condiciones de Pepe-Luis, pues presentaba ahora a un "niño que conoce demasiado de cerca las penurias de *la busca* y de la infancia triste". Tan evidente paralelismo entre Mari-Sol y Pepe-Luis resaltaba desde el título del primer capítulo—"Del cielo cayó un clavel"—donde las circunstancias de su nacimiento son un calco de las recreadas por la autora en la obra anterior:

⁵Del primero de los autores citados, Álvarez de Cánovas incluye el poema "Tan bonito como está", y del segundo, "Epitalamio para una hija", "Golondrinita del Señor" y "Llamamiento" para remarcar, con estos dos últimos, la decisión de Carmelín para dedicarse a la vida religiosa.



II. anónima para *Pepe-Luis* (*Libro de lectura para niños*), de Josefina Álvarez de Cánovas (Madrid: Magisterio Español, 2ª ed., 1948, p. 83).

Asturias, el ingreso al colegio y "La Primera Comuni3n", episodio donde aparece el Padre Val, jesuita dedicado a la redenci3n de los ni1os de los suburbios⁸. La formaci3n del muchachito pasa por modelos no menos virtuosos y ejemplificantes –"Yo quiero ser el Cid", "¡Soldado de Cristo!"– y por una particular formaci3n hist3rica⁹; conoce despu3s a V3ctor Capit3n, otro de los protagonistas creados por 1lvarez de C3novas para esa serie de "Ni1os de Espa1a", y termina la obra con una elocuente despedida de la autora¹⁰, una vez que su protagonista estudia para ingeniero de canales, caminos y puertos:

*Dej3mosle vivir y so1ar. 1l llegar3 a donde quiere. 1l ser3
CABALLERO CRISTIANO Y ESPA1OL, QUE ES SER DOS VECES
CABALLERO Y DOS VECES CRISTIANO.*

*Quiera Dios que alguno de los ni1os que leen este libro, escrito con
tanto amor para ello, le siga muy de cerca. Am3n. (p. 138).*

Abierta as3 esa galer3a de protagonistas masculinos mod3licos, 1lvarez de C3novas continuaba ese empe1o con otras creaciones dedicadas a caracterizar situaciones no menos protot3picas e idealizadas para la juventud de aquella 3poca. Si Pepe-Luis era el muchachito de clase media, bien acomodada, y de hogar cristiano, en *Historia de V3ctor Capit3n* (1945) la autora se lanzaba por caminos no menos arquet3picos, pero volcados ahora a reflejar un modelo bien inefable de c3mo hacer frente a las adversidades materiales de

⁸ Don Jos3 es calificado como "gran protector de los ni1os de los suburbios". Cuenta a los ni1os que se preparan para esa celebraci3n la historia de otro chiquillo que se disciplinaba con una cuerda llena de nudos y Pepe-Luis, impresionado por ese relato, quiere imitar ese comportamiento.

⁹ En el cap3tulo XXIV, "La ni1ez que te guardo", la autora inclu3a un poema de Gerardo Diego y el siguiente di3logo a partir de una pregunta del profesor en clase: "–Oiga usted, se1or Oviedo, la Historia de Espa1a tiene 3pocas, pero el destino espa1ol, no. D3game usted algo sobre esto./ –Espa1a tiene una unidad de destino en lo universal. Esta unidad de destino consiste en defender la fe de Cristo, hasta morir por ella." (p. 122).

¹⁰ Ese 3ltimo cap3tulo, titulado "Un caballero cristiano", explica como Pepe-Luis estudia para ingeniero de canales, caminos y puertos. Adem3s, el director le regala dos libros al terminar en el Instituto: La defensa de la Hispanidad, de Ramiro de Maeztu, y La idea de la Hispanidad, de Garc3a Morente, de los que autora resalta determinados pensamientos con may3sculas. El libro se cierra con el siguiente colof3n: "Acab3se de escribir este libro el d3a de San Luis Gonzaga, el Santo predilecto de la juventud./ Madrid, 21 de junio de 1944.



Il. de Antonio Cobos para *Historia de V3ctor Capit3n* (*El ni1o de los suburbios*), de Josefina 1lvarez de C3novas (Madrid: Magisterio Espa1ol, 2^a ed., 1947, p. 41).

la vida, gracias a la honradez, al sacrificio, al trabajo y, sobre todo al amor a la Virgen. Esa peculiar historia era adornada de un aire de realidad conocida por la propia autora¹¹, para dejar bien clara su contraposición con el anterior de sus personajes:

(...) Pepe-Luis... niño de ensueño, aquél que todos los niños quisieran ser, físicamente espléndido, bien plantado y espiritualmente abrasado de los más santos amores; en Víctor Capitán os presento hoy un niño enfermo, sí, pero transido de un alma tan pura y tan vibrante que, cual llamita de cielo, ella sola fue capaz de hacer de la pobreza física de Capitán... la riqueza extraordinaria de su vida cautivadora.

(...) es también la historia de su madre Carmela Reyes, la que, como tantas otras santas madres españolas, sabe ser la mujer fuerte del Libro de los Proverbios... Otro de los rasgos destacados por Álvarez de Cánovas al caracterizar a ambos personajes, el protagonista y su madre, es la devoción de ésta por la Virgen Macarena, no olvidada en el traslado de la familia desde Sevilla a Madrid –“al destierro de Tetuán de las Victorias”, donde “viven tantas familias heroicas”, puntualiza la autora–. Asimismo, en la introducción anticipa que el triunfo social de Víctor Capitán es “una optimista lección de energía para los lectores”¹², a partir de un esquema muy similar al desarrollado en sus historias ya comentadas, donde el papel y el ambiente de la familia son determinantes para ese éxito del protagonista, con un lugar preferente para la figura de la madre, como primera y decisiva educadora que le enseña doctrina, le canta coplas, soleares, fandanguillos y le cuenta leyendas y tradiciones marianas.

¹¹ En la introducción, la autora dedicada la obra a “niños todos los que habláis la clara y sonora lengua de Cervantes: Con emoción pongo en vuestras manos la Historia de Víctor Capitán, que se llama historia porque es cierta y muy cierta; como que yo no he puesto en ella más que el hilillo de la emoción con que fui engarzando las perlas que la realidad me ha ido brindando”.

¹² Esta es la clave del éxito del milagro de esta vida, según la autora: “Capitán era un alma, una llamita viva encendida de amores, y, cuando el espíritu vibra así, triunfa siempre del cuerpo por debilucho o por rebelde que éste sea”. En esa misma introducción, Álvarez de Cánovas dedicaba palabras especiales a los niños hispanoamericanos: “... ha de agradaros saber que, nuestra común y querida Madre Patria, sigue siendo eternamente joven a juzgar por estos hijos de selección que da al mundo, siempre con el Ideal altísimo de ser CABALLEROS CRISTIANOS, siempre con tendencia al misticismo, siempre con inquietud de eternidad.” (p. 10).

En el desarrollo de los distintos episodios aparecen personajes de otras creaciones de la propia autora: Maribel, Fernandillo El colillero”, Doña Lolita –la inspectora que lleva “a todas partes su aliento de madre buena– Pepe-Luis. El ingreso en la escuela es otro de los momentos determinantes en esa peculiar peripecia vital, donde la autora presenta la figura de otro maestro, Don Plácido, adornado de extraordinarias cualidades de entrega y sacrificio por sus alumnos. Pronto, y con la ayuda de Doña Lolita, Víctor Capitán consigue el primer trabajo¹³ sin abandonar la necesaria instrucción escolar:

Ahora, por las noches, iba Víctor a casa de Don Plácido a perfeccionar su ortografía y hasta su rúbrica que antes la hacía demasiado complicada y ahora iba comprendiendo que lo elegante era un sencillo trazo viril como el que ponían los señores del Palace debajo de sus cheques. (p. 117).

Tras introducir un salto en el tiempo de la narración, Álvarez de Cánovas presenta a su personaje en la cumbre de su triunfo social gracias a tan demostradas abnegación y capacidad de trabajo: de botones llega a ser director del mismo hotel y consigue la felicidad también para sus padres, que pueden regresar a Sevilla, gracias a un pequeño negocio y un “pisito en la Macarena” que les regala su hijo. Es tanta la felicidad de ese final que la autora cierra tan edificante historia con el siguiente consejo de la madre:

*Si quieres elegir compañera de tu vida, busca una que esté enamorada de la Virgen de tal manera, que si os viene la negra, como nos vino a nosotros, también ella sepa tejer con las lágrimas que no llore, un manto de aljófara a la Virgen Macarena (pp. 128–129). Semejante es el esquema de superación de adversidades a las que Álvarez de Cánovas enfrentaba al protagonista de *Historia de Alfredo (El niño ciego)* (1949). En la justificación y dedicatoria*

¹³ Doña Lolita le proporciona trabajo como botones en el Hotel Palace, donde se gana la estimación de los clientes del hotel por su diligencia y buena disposición para el trabajo. En esas relaciones la autora concede un curioso papel a una señorita francesa, cliente de ese hotel. Son tantos los encargos que debe atender el muchacho que le compran una bicicleta “para que pudiera dar abasto”.

habituales en la autora, destacaba así el propósito de completar su galería de “Niños de España” con esta nueva creación:

En la colección “Niños de España” faltaba un tipo de niño español y tal vez el más sugestivo e interesante: el niño ciego. (...) Alfredo es un niño ciego, un niño que, además de ciego, es inclusero. (...) Su historia es aleccionadora del principio al fin.¹⁴

Tan aleccionadora galería de prototípicos personajes masculinos se completó con *El niño emigrante* (1949), donde Álvarez de Cánovas volvía a ofrecer una inefable historia de triunfo social, en este caso de un joven obligado a ganarse la vida en otro país, presentada por la autora como un caso real o conocido por ella misma. Para tal desarrollo, una vez más Álvarez de Cánovas recurría a la descripción idealizada de ese personaje como marca inequívoca de estar predestinado al éxito, a pesar de las dificultades que debe vencer¹⁵:

“Es un chiquillo como de diez años, vivaracho y travieso, alegre como unas castañuelas. Pelo rubio caoba, ojos color de miel, vivos y sonrientes, y tan expresivos, tan expresivos, que todo lo dicen, sin que Pepin tenga necesidad de hablar.”

Del mismo modo que en otros de los libros anteriores, la autora introduce en el texto canciones populares y aprovecha el episodio final de la obra, con el regreso de Pepín a Asturias como un triunfador –rico y con haiga–, para cantar las romerías asturianas, incluyendo, además, un texto de Gregorio

¹⁴ La autora incluía en esta obra una loa al decreto del entonces “Caudillo” creando la ONCE (Organización Nacional de Ciegos), como instrumento para terminar con la injusticia en la situación social de los ciegos.

¹⁵ Pepín es un muchacho inteligente e instruido que, cuando falta un maestro en el pueblo, él mismo da clases nocturnas para suplir tal carencia. A la vista de las escasas posibilidades de ganarse la vida en su pueblo, los padres deciden enviarle a América. Trabaja en un tienda de “comestibles finos” de Montevideo, donde se gana la confianza del dueño, hasta hacerse una fortuna, gracias a su honradez y capacidad de trabajo, que le permite volver a su tierra natal.

Martínez Sierra sobre esas fiestas populares y el “Romance del niño emigrante”, extenso y lleno de tópicos.

Tan particular dedicación literaria de Álvarez de Cánovas a los lectores infantiles se completó con otras colecciones de cuentos y una obra dramática incluidas también en la colección “Niños de España”. Con el título de *Mis cuentos* (1947), volvía a dedicar sus narraciones “A los niños españoles” –“queridos de mi alma”–, desde una interpretación original del despertar “maravilloso” de Perrault donde trataba de combinar un “olor a hadas” con la “evitación de sensaciones fuertes”. Ofrecía así lo que ella misma calificaba de “cantos al amor candoroso que sentís los niños por los animalitos de Nuestro Señor...”, bajo la forma de cuentos de una realidad idealizada, al alcance de “niños de carne y hueso”, a los que veía desde una inefable perspectiva: acostumbrar a esos lectora a la expiación de la culpa por el arrepentimiento y su redención por el sufrimiento y el dolor, “cuerdas que si vibran en el alma de todos los niños, lo hacen más intensamente en la vuestra apasionada de niños españoles”.

La aceptación de la que parecía gozar cada nueva entrega literaria de Álvarez de Cánovas justificó una nueva colección publicada con el título de *Más cuentos míos. Libro de cuentos para niños y niñas* (1949). Junto a la dedicatoria habitual –“A los niños españoles e hispanoamericanos”–, la autora justificaba el nuevo volumen por las cartas recibidas de sus lectores, a los que quería corresponder con “...casi, casi historias infantiles”, “cuentos que sean verdad”, y que ofreciesen “más parentesco con el mundo de los milagros que con el de lo maravilloso.”

En ese mismo volumen se anunciaba otra nueva colección con el título de *Cuentos para los chiquitines* (¿1949?), dedicados estos a las “mamás españolas, maestras de párvulos y maternas...”. No por ello la autora se apartaba de las ñoñerías y de los tonos “rosas” en los tratamientos de unos cuentos con los que trataba de responder al ciclo animista que caracteriza a los primeros años infantiles, desarrollando temas propios del mundo maravilloso y mágico, a los que añadía algunos típicamente religiosos, “todos ellos gotitas del cielo” –en la calificación de la propia autora– y una breve referencia al modo de contar los cuentos ante un auditorio formado por los más pequeños.

Tan constante y particular labor literaria de Josefina Álvarez de Cánovas sirve como rotundo ejemplo de la sutil y quebradiza frontera entre Literatura y Educación. Si hoy ofrecemos esta recuperación de su memoria y de su obra, lo hacemos con una intención de reclamar el exquisito cuidado en evitar siempre incursiones semejantes, más cuando en los tiempos actuales desde las editoriales se incide con notable insistencia en la escuela como mercado de notables posibilidades económicas. Esperemos, pues, que décadas más adelante, tales creaciones no produzcan en sus futuros críticos una sensación análoga a la que sentimos nosotros al ver cómo no son suficientes las buenas intenciones docentes para ofrecer auténtica Literatura Infantil a los niños de cada época.

*Jaime García Padrino es catedrático de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Facultad de Educación, Centro de Formación del Profesorado de la Universidad Complutense de Madrid.